

La utopía frustrada del antimperialismo revolucionario entre la Revolución Cubana y el terrorismo de Estado

por Eduardo J. Vior
Cátedra UNESCO de Educación en Derechos Humanos
Universidad de Magdeburgo, Alemania

*A Alcira Bonilla con quien día a día
aprendo a pensar nuestro Continente
desde un amor emancipador.*

Bien avanzado el siglo XXI América Latina sigue estando determinada por decisiones políticas, estratégicas y culturales que se tomaron en la década del 70 del siglo pasado. El modelo de “Estado de Seguridad Nacional” instaurado entonces modificó de tal manera las estructuras económicas y sociales, los espacios culturales, la organización de los propios Estados y la posición internacional de los mismos que aún hoy en día seguimos sometidos a los condicionamientos instaurados entonces. Pero, aun en los casos en que la violencia represiva no se extendió al conjunto de la sociedad, la derrota de las utopías antimperialistas revolucionarias de entonces tuvo el mismo efecto de desmoralización y entrega de ideales que permitió el triunfo del neoliberalismo. La instauración del modelo de “Estado de Seguridad Nacional” y el fracaso del antimperialismo revolucionario deben verse, por lo tanto, como dos aspectos interrelacionados del mismo proceso determinantes para entender las condiciones de instauración de la hegemonía neoliberal.

Especialmente el terrorismo de Estado¹ que rigió sobre los países del Cono Sur, aunque fuera rasgo de las técnicas de dominación en todo el continente, intentó un desfiguramiento contrarrevolucionario del proceso de autodeterminación de nuestros pueblos. Pero, donde fue necesaria la contrarrevolución es porque había una revolución en ciernes o se consideraba necesario prevenirla o revertirla. El período de la historia latinoamericana entre la Revolución Cubana en 1959 y los golpes militares de los años 70 se caracterizó por la aparición y experimentación de innumerables intentos creativos para consolidar la emancipación latinoamericana y afianzar la justicia social. Esos intentos utópicos fracasaron, pero toda utopía señala en un contexto histórico determinado las alternativas de emancipación posibles que, a veces, pueden ser retomadas en etapas

¹ Como “terrorismo de Estado” entiendo tanto los regímenes instalados en Brasil (1969), Bolivia (1971), Uruguay (1973), Chile (1973) y Argentina (1976) destinados a exterminar físicamente mediante el terror continuado, ilimitado y masivo a los movimientos revolucionarios y de reforma social surgidos del sector popular como las técnicas de sometimiento similares aplicadas en otros países que, como en México, sin caer en manos de regímenes dictatoriales, pasaron durante los años 70 un largo período de salvajes represiones de los movimientos populares y revolucionarios. Los regímenes mencionados reorganizaron el conjunto de sus sociedades, cultura y relaciones internacionales. No pudieron sobrevivir como tales, porque el terror permanente lleva a la autoaniquilación, pero las estructuras que ellos fundaron los sobrevivieron y determinan aún gran parte de los procesos sociales del continente. Traté este tema en mi tesis de doctorado sobre *Imágenes y proyectos de Nación en Brasil y Argentina* (en alemán, microfilmada) de 1991, especialmente en los caps. 8 y 12.

posteriores. Esta es la razón por la que en este trabajo voy a tratar el desarrollo del antimperialismo revolucionario latinoamericano entre la Revolución Cubana y el terrorismo de Estado.

Este trabajo debe leerse como comunicación de una investigación en curso. Para ser un trabajo de tesis falta aquí, por un lado, el análisis del discurso político del antimperialismo revolucionario, por el otro, sólo trato aquí una dimensión de la otredad latinoamericana (la de su relación discursiva con la construcción de la identidad estadounidense) que, si bien central para mi concepción de la identidad de América Latina, no es de ningún modo excluyente de la consideración de otras dimensiones del extrañamiento (las relaciones con las poblaciones indo- y afroamericanas, con Europa y con los inmigrantes llegados del otro lado del Atlántico y/o el Pacífico) que también son condicionantes de la formación identitaria.

Desde la perspectiva de “Las visiones entre las Américas”² que ya desarrollé en varios artículos y ensayos (Vior 2000, ¹2001, ²2001, ¹2002, ²2002 y ³2002) pretendo indagar en qué medida la utopía del antimperialismo revolucionario en los años 60 y 70 del siglo pasado ofrecía una alternativa para la construcción de un sujeto latinoamericano autónomo y qué herencia nos ha dejado para retomar la construcción de dicho sujeto³ bajo las condiciones actuales. Para ello considero necesario primero sentar algunas premisas teóricas y metodológicas.

¿Qué entendemos por América Latina y por los Estados Unidos?

Indagar sobre América Latina y su antimperialismo, o sea sobre sus relaciones con los Estados Unidos, supone primero definir qué se entiende por Estados Unidos y por América Latina. Esta pregunta puede parecer superflua, pero deja de serlo apenas consideramos que los espacios de prácticas socioculturales que vinculamos con ambos conceptos no coinciden con sus límites jurisdiccionales: desde principios del siglo XX los Estados Unidos están ejerciendo una influencia sobre el continente que ha ido difuminando las fronteras y confundiendo los espacios. Decisiones tomadas al interior de su país condicionan el conjunto de la vida social de los pueblos del sur. Al mismo tiempo, la referencia explícita o implícita al sur del continente ha sido siempre un elemento constitutivo de su formación identitaria, por lo que el espacio de dicha construcción excede en mucho sus fronteras nacionales.

América Latina, por su parte, se extiende hoy mediante las poblaciones emigradas hacia el norte hasta Nueva York, Chicago y Seattle. Paralelamente, los intentos de oponerse a la política norteamericana y/o de imitar aspectos de su modelo social han constituido desde hace más de un siglo buena parte de su identidad cultural. O sea que su propia construcción de identidad tiene buena parte de su base en sus proyecciones hacia el espacio sociocultural de los Estados Unidos.

² La preposición “entre” en el título considera por lo menos tres de sus significados posibles: a) mediación entre dos objetos diferentes considerados en su totalidad (las fronteras que separan a las Américas una de otra), b) dentro de (las fronteras internas de las Américas), c) participación y/o cooperación (las fronteras marcadas por la interacción de las Américas) (Vox, 1990).

³ Al referirme a la relación entre la utopía y la formación de subjetividad en América Latina sigo aquí ampliamente la argumentación de Alcira Bonilla (entre otros v. 1992, 1993 y 2003).

Así tenemos que ambos ámbitos de construcción identitaria están yuxtapuestos y se determinan mutuamente. Ninguno es comprensible sin el otro.

Entre la Guerra de Cuba en 1898 y el bombardeo de Panamá en 1989 las élites latinoamericanas formularon para sus sociedades valores, normas y sistemas simbólicos orientadores tomando como referencia positiva o negativa modelos externos que cada vez más se fueron concentrando en torno a su imagen de los Estados Unidos⁴. Ante la evidente voluntad de éstos de dominar todo el continente, los dirigentes e intelectuales del sur reaccionaron contradictoriamente: o los condenaron en bloque o se sometieron anticipadamente. Esta ambigüedad dejó en las identidades nacionales y la identidad latinoamericana la profunda huella de un sujeto descentrado, argumentando siempre con la mirada puesta en el norte.

La visión norteamericana de la América Latina, en tanto, combina la fascinación por la vitalidad y erotismo que le atribuye con el paternalismo y el temor a los riesgos que las supuestas debilidades de la misma pueden acarrear para la seguridad nacional de los Estados Unidos (Aparicio 1995: 383). Desde la proclamación de la Doctrina Monroe en 1823 los distintos gobiernos norteamericanos siempre han temido que la “debilidad”, la “inmadurez” y la supuesta propensión de los latinoamericanos a dejarse seducir fácilmente por influencias europeas hiciera posible la instauración de una dominación procedente del Viejo Mundo que, por esa vía, amenazara desde el sur la seguridad nacional de los Estados Unidos. Sólo una sólida combinación de paternal protección (con el castigo concomitante) y conversión moral podía superar la extrañeza e intranquilidad que América Latina suscita en el Norte. Así los pueblos del continente se convirtieron en destinatarios privilegiados de los esfuerzos norteamericanos para misionar su ideal liberal de la Libertad.

La actitud norteamericana ante América Latina se constituyó desde 1898 en torno a una ambivalencia equivalente a la lationamericana, proyectando sobre su imagen del subcontinente los deseos y temores que dentro de la propia sociedad mantiene bajo estricto control. El racismo, el individualismo radical (y la consecuente búsqueda compulsiva de vínculos comunitarios) y la extendida demonofobia impelen a la cultura dominante en los Estados Unidos a la violencia permanente. Sólo su concentración en combatir las amenazas que supuestamente acechan desde el exterior le permite mantener un cierto equilibrio interno. De este modo el imaginario estadounidense puso en su visión de los países del sur tanto la atracción por lo deseado (y prohibido en la propia sociedad) como el miedo a lo desconocido.

Desde la Conferencia de Washington en 1889 la unificación discursiva del continente en la ideología del panamericanismo ha sido el instrumento para reducir las tensiones anulando las diferencias. Los Estados Unidos proyectaron por esta vía sus conflictos internos a sus relaciones con América Latina. Especialmente el temor racista de sus élites dirigentes ante la presencia pública de los ex-esclavos afroamericanos fue transplantado a las relaciones continentales mediante la construcción de una oposición entre

⁴ La argumentación presente puede encontrarse desarrollada más extensamente en los artículos mencionados (especialmente en Vior, ¹2002 y ²2002).

la llamada ‘promesa americana’⁵ y la retardante impronta ibérica que supuestamente paralizaba al subcontinente (Campbell / Kean, 1997: 248-49).

Al efectivizar y asegurar esta proyección mediante diversos mecanismos, las élites norteamericanas pudieron percibir a América Latina como externa a la propia sociedad y en consecuencia negar el conflicto etnocultural interno. De este modo concentraron la construcción de su identidad nacional en torno a su visión de Europa. La visión de América Latina se convirtió en la parte negada de la construcción identitaria norteamericana.

Este entrelazamiento de las visiones del continente entre 1898 y 1989 tiene un doble status teórico: si por un lado tiene un sentido propedéutico al definir qué entendemos por Estados Unidos y por América Latina, por el otro tiene una función epistemológica, porque nos indica que ningún predicado sobre una de las partes puede estar completo, si no se verifican los efectos que sus procesos produce sobre el otro término de la relación.

Las dos perspectivas de definición.

Desde la perspectiva propedéutica podemos definir a América Latina, tal como fue perfilándose desde principios del siglo XX, como la comunidad imaginaria de los sectores sociales representados y movilizados por sus élites nacionalistas.

La idea de “comunidad imaginaria”, tal como la aplico aquí, está tomada de Benedict Anderson (1991 [1983]) quien demostró en qué medida la Nación, como construcción ideal de las élites para delimitar el territorio y homogeneizar a la población, se impuso en todo el mundo desde principios del siglo XIX. Aplico este concepto a la idea de América Latina, porque en la serie “Las visiones entre las Américas” mostré en qué medida la noción de la unidad continental es una construcción imaginaria de las élites nacionalistas y antimperialistas, una suerte de “Nación de naciones”. En tanto la construcción de Naciones como comunidades imaginarias es por excelencia un proceso de constitución de hegemonías, por lo tanto contradictorio y nunca completo, definir a América Latina como una construcción de élites de ningún modo silencia ni niega el papel de las clases populares en ese proceso identitario. Aun en los casos en que sectores de las mismas fueron excluidas de la escena política, formaron parte de la construcción identitaria como recipientes de discursos nacionalistas y/o porque sus contenidos y articulaciones discursivas fueron incorporados a la formación de la imagen nacional.

⁵ El publicista conservador Herbert Croly publicó en 1909 la obra „The Promise of American Life“ en la que (cit. Koenig, 1990:433) „(...) explicaba que una de las tareas de los Estados Unidos consistía en promover o en ayudar a promover la solidaridad entre los distintos países del Hemisferio en el seno de un <<sistema americano>> estable de carácter multinacional. Dicha tarea era a largo plazo, y el éxito de la misma presuponía la pacificación, estabilización y democratización de los Estados iberoamericanos.“

Especialmente en el período del nacionalismo popular⁶, entre los años 30 y 70 del siglo pasado, la construcción de identidades nacionales coincidió con la de una identidad latinoamericana común, si no enfrentada, al menos contrapuesta y con capacidad de alcanzar compromisos con los Estados Unidos. Rechazo por imprecisa, generalizante, peyorativa y no científica la utilización del término “populismo” para definir a los regímenes y movimientos nacionalistas surgidos en distintos países latinoamericanos a partir de los años 30 del siglo pasado. Detrás de la aplicación de dicho concepto⁷ se esconde una visión normativa del desarrollo histórico-cultural latinoamericano que lo desmerece por no ajustarse a los patrones de “normalidad” que, supuestamente, representarían los desarrollos inglés y francés. El “populismo” sería el resultado de una manipulación demagógica de las clases populares por las dominantes que impediría la racionalización del proceso social y, por lo tanto, sería contrario a la modernización. En un trabajo publicado hace casi veinte años⁸ (Vior 1985) ya argumenté por la utilización de la categoría de “nacionalismo” que tiene una fundamentación histórica y sistemática mucho más consolidada que el ideograma mencionado: élites de las clases dominantes y/o medias se proclaman como representantes de la “Nación” y colocan los principios de la dominación y la legitimidad al servicio de esa idea. En algunos casos acuden para la rearticulación de dicha imagen a y/o aprovechan la movilización de los sectores populares generando un sentimiento colectivo de identificación con la idea de Nación. Pero entonces la misma se convierte en un recipiente de influencias socioculturales diversas cuyos resultados no son previsibles a priori. Así como la imagen de Nación es expresión de relaciones de dominación y legitimidad vigentes, también puede ser el referente de cambios radicales, revolucionarios y/o reaccionarios. El juicio sobre tales representaciones sólo puede emitirse con certeza, entonces, teniendo en cuenta por un lado el significado de sus articulaciones discursivas, sus relaciones con los contextos histórico-culturales de origen y sus efectos sociales.

Concentro la construcción de identidades nacionales y continental en las élites nacionalistas populares, en primer lugar porque sus imaginarios mestizantes incorporaron a la mayor cantidad de sectores sociales nunca antes ni después involucrados en las decisiones políticas en América Latina. Sea por acción directa o por el efecto de los

⁶ Como primera referencia teórica para el uso del concepto “nacionalismo popular” remito a António Martins (1981: 205-230).

En este contexto entiendo como “pueblo” al conjunto de los sectores subordinados de las sociedades movilizadas por élites y discursos nacionalistas incluyentes que sugerían la posibilidad de alcanzar el pleno reconocimiento como ciudadanos mediante la identificación con una idea de Nación signada por la justicia distributiva.

La concepción de ideología aquí utilizada reconoce antecedentes, aunque con distancia crítica, por un lado en los aportes de Paul Ricoeur (1997) y por el otro en los de Teun A. van Dijk (1998). A pesar de la distancia temporal sigo considerando sumamente valioso el trabajo de Kurt Lenk (1984). La necesaria tarea de discutir estos aportes debe quedar, empero, para el futuro.

⁷ Sancionada académicamente por los trabajos del sociólogo ítaloargentino Gino Germani en los años 50 y emparentada estrechamente con el paradigma de “Civilización y barbarie” fundado por Domingo F. Sarmiento en el siglo XIX.

⁸ Basado en mi tesis de Magister Artium en Ciencias Políticas (*El Peronismo, nacionalismo popular en Argentina*, no publicada) presentada en 1984 a la Universidad de Heidelberg, Alemania.

procesos socioculturales que pusieron en marcha, dichas construcciones crearon la posibilidad de constituir sujetos políticos y culturales autocentrados. En segundo lugar, esa capacidad de representación simbólica les permitió presentarle a los Estados Unidos una imagen del Otro continental imbricada en un discurso de modernización y progreso, por lo tanto comprensible y negociable. De este modo contribuyeron a racionalizar las relaciones intracontinentales y a distender los conflictos internos de los Estados Unidos.

Los sectores no convocados por los discursos nacionalistas populares (tanto los socialmente dominantes como los dominados) se incorporaron en la mayoría de los casos a la construcción nacional por recepción y/o reacción, de modo que la “latinoamericanización” del continente se entrelazó con un horizonte de progreso y reforma social. Ser progresista era ser latinoamericano y la definición de la identidad latinoamericana se vinculaba a la discusión sobre las estrategias de modernización.

En el contexto de este artículo no puedo exponer con el detalle que se merece la confrontación con las distintas teorías y posiciones sobre la “modernización” de América Latina que sustenta la tesis arriba presentada. Expresado de forma muy sucinta puedo decir aquí que disiento con todas las tesis (desde Huntington en 1968 pasando por las posiciones más moderadas de O’Donnell en 1972 hasta las actuales discusiones sobre “gobernabilidad”) que pretenden explicar el colapso del nacionalismo popular y del desarrollismo por la afluencia a la escena política de sectores sociales antes marginados. Según las mismas, el exceso de demandas sectoriales planteadas a los Estados por los grupos subordinados que paulatinamente se iban incorporando a la acción política sobrepasó las posibilidades de satisfacción de los Estados, generando una crisis de dominación que creó la necesidad de las intervenciones militares para superarla. O sea que los propios grupos populares y/o los “populismos” que los movilizaron serían culpables por la desestabilización de los sistemas políticos. Este tipo de tesis suponen, por un lado, que las clases populares de nuestras sociedades carecen de discernimiento político y, por el otro, que la capacidad de las élites para manipular a las masas es ilimitada, sólo un problema de técnicas.

Más allá de que los ejércitos tuvieron en casi toda América Latina, desde la Emancipación en el siglo XIX y durante toda su historia, un papel constituyente que muchas veces se ha olvidado por razones ideológicas y que, por lo tanto, las intervenciones militares de los años 60 y 70 no pueden considerarse anormales en ninguno de los países en que se produjeron, no puede olvidarse que las movilizaciones populares de los años 50 a los 70 se produjeron en un contexto en el que los Estados Unidos se sentían amenazados externamente y percibían como peligrosos reclamos sociales que en términos de relaciones de fuerza no planteaban ningún riesgo para las hegemonías vigentes. No es, por lo tanto, la mayor o menor movilización de los sectores populares la que desató las crisis de legitimidad de muchos Estados latinoamericanos, sino la conjunción de la Guerra Fría agudizada con el fracaso de las élites cosnervadoras en restaurar su legitimidad después que distintos ensayos nacionalistas y/o desarrollistas habían movilitado a los sectores populares.

Al contrario de las tesis sistémicas expuestas afirmo que *la afluencia de las clases populares creó por primera vez la posibilidad de racionalizar los procesos de toma de decisiones sociales al incluir tendencialmente a todos los participantes y afectados*. Afirmo asimismo que *dichos procesos fracasaron por la supervivencia de estructuras y prácticas*

de poder y mentalidades reaccionarias y conservadoras tanto en los sectores dominantes y en la política norteamericana como en los propios movimientos populares, y no por su carácter inclusivo.

De un modo equivalente al y complementario del proceso identitario latinoamericano, los Estados Unidos se definen por los sectores sociales que sus élites dirigentes han sido capaces de movilizar e integrar al proyecto de expansión de su idea (liberal) de la Libertad en el mundo. Este esfuerzo de integración y representación simbólica se ha concentrado históricamente en las oleadas inmigratorias que, respectivamente han ido llegando a su territorio desde otros continentes (especialmente desde Europa), mientras que sólo muy tardíamente ha tenido en cuenta a las minorías afro- e indoamericanas y a los latinoamericanos y esto en un sentido subordinante y muchas veces excluyente.

En este proyecto cada momento de expansión exterior ha coincidido con mayores grados de integración y control en lo interno. A esta altura de mi investigación no me atrevo todavía a establecer relaciones causales entre la búsqueda de integración social y las guerras exteriores en las que los Estados Unidos se involucraron a partir de 1898, pero está comprobado que, por ejemplo, una de las razones de la Guerra de Cuba fue la necesidad de generar un sentimiento de solidaridad nacional entre la masa de inmigrantes europeos llegados desde el fin de la Guerra Civil (1861-65) y la población blanca norteamericana. De hecho se trató de la primera guerra movilizadora por los medios de comunicación masivos (Lammersdorf 1994: 30-34; Tindall / Shi, 1984: 592-600).

Tanto en una como en otra parte del continente, sin embargo, la eficacia integracionista de la construcción nacional dependió siempre de que existiera algún sector marginal no integrado en dicho proceso. Si consideramos que los procesos de integración nacional son fenómenos de dominación y control que crean al ciudadano encuadrado en la soberanía de un determinado Estado y que dicho encuadramiento requiere una repetida delimitación de fronteras para justificarse como necesaria (cf. Anderson 1991 [1983]: 164-178), vemos cuán delicado es el equilibrio de la ecuación integracionista: sin grupos marginales falta la imagen del Otro interno necesaria para justificar la inclusión, pero si la masa de marginados aumenta demasiado, pone en cuestión la pretendida representatividad social de la imagen nacional⁹.

Desde la perspectiva epistemológica, en tanto, debemos referir nuestros juicios sobre las posibilidades de desarrollo y las alternativas realmente planteadas en cada situación a la doble interrelación existente por un lado entre los discursos identitarios encontrados y por el otro entre los mismos y sus contextos históricos. Tanto la estimación en América Latina de la presión ejercida por los Estados Unidos sobre la misma como la evaluación dentro de éstos de las consecuencias que pudiera acarrearles lo que sucediera en los países del sur nunca pueden ser objetivas, sino que están históricamente determinadas por las respectivas visiones de la realidad y del Otro, así como por las voluntades de poder de los sujetos políticos actuantes. En la medida en que las manifestaciones discursivas sobre el orden político y social de cualquiera de los actores incluye una percepción del Otro

⁹ Esta argumentación la expuse originariamente en mi tesis de doctorado ya mencionada, especialmente en los capítulos 1 a 3, destinados a indagar la posición estructural y las funciones del concepto de Nación.

continental, pretende actuar sobre el mismo o se organiza por respuesta a una acción del mismo, *todo análisis de un proceso sociocultural específico en cada una de las dos regiones sólo puede considerarse completo si considera las prácticas equivalentes en la otra parte del continente.*

Las posibilidades de acción de las élites nacionalistas populares deben evaluarse, por consiguiente, considerando la relación entre su percepción de los espacios de maniobra disponibles, su visión del continente y sus voluntades de poder, pero también según los efectos que sus acciones generaban en la imagen norteamericana de las Américas y vice versa.

La necesaria periodización de la historia

La segunda precondition teórica y metodológica a tener en cuenta se refiere al problema de la periodización. Juzgar el potencial utópico emancipador de un proyecto histórico supone remitirlo a su época, pero para ello es necesario poder delimitar ésta en un intento objetivante que vaya más allá de las afirmaciones, necesariamente ideológicas, del discurso identitario, pero también dé cuenta de sus supuestos éticos, teóricos y metodológicos para evitar caer en anacronismos o generalizar perspectivas que sólo pueden entenderse en su contexto histórico. Las etapas que ya en la serie mencionada clasifiqué para el estudio de las “Visiones de las Américas” están limitadas por crisis vinculadas inmediatamente con cambios en las perspectivas mutuas.

Así las fases iniciadas en 1898, 1930, 1959 y 1989 articulan a la vez momentos económicos, políticos, culturales y en los alineamientos internacionales, pero se definen por la vigencia de proyectos estratégicos y visiones de las Américas. En cada una de las mismas se abrieron determinadas alternativas de desarrollo, cuyo reconocimiento nos permite identificar la dosis de realismo de las utopías y distopías propuestas, ya que si la utopía dibuja un horizonte de desarrollo deseable, éste debe a su vez ser percibido como realista, si es que quiere tener efectos sociales. Así es que cada caracterización de un proyecto o una época debe poder dar cuenta de los criterios con los que ha determinado los límites temporales de la misma.

No es una novedad decir que toda periodización es una construcción conceptual, pero aun sabiendo que los cortes temporales que la misma conlleva se articulan con continuidades, la determinación de los mismos sigue siendo un aspecto central para determinar el alcance de nuestros juicios sobre el proceso estudiado. Por ello explicitar los criterios utilizados para efectuar una periodización es para mí un requisito elemental para controlar la distorsión ideologizante de los procesos históricos y sociales y un patrón de honestidad intelectual.

El período aquí tratado se abrió con la Revolución Cubana en 1959/60 y se cerró con la agudización de la violencia contrarrevolucionaria en México y Brasil entre 1968 y 1969 y los golpes terroristas de Estado entre 1971 y 1976 (Bolivia, Uruguay, Chile y Argentina). Entre la etapa del nacionalismo popular, el reformismo y el desarrollismo y la del “Estado de Seguridad Nacional” cambiaron las relaciones de poder, las concepciones dominantes en los Estados y la sociedad, la percepción de los Estados Unidos y las políticas sociales. Las políticas económicas, en cambio, se continuaron en algunos casos (México y Brasil), se profundizaron en otros (Uruguay y Argentina) o se modificaron radicalmente en un tercer caso (Chile). Por allí no podemos buscar los aspectos comunes.

Mucho más característica de la época se nos aparece en cambio la rearticulación de la imagen nacional: con el terrorismo de Estado, aun en los casos en que no involucró al conjunto de la sociedad, cambiaron el eje y el sujeto de la legitimidad. Para el nacionalismo popular el sujeto de la misma residía en “el pueblo” identificado con “la Nación” que seguía a sus conducciones, generalmente unipersonales; en el desarrollismo, por su parte, se difundió la imagen de “la armonía” entre todas las clases y regiones del país (Brasil) y en el reformismo socialista de Chile, finalmente, los obreros, campesinos e intelectuales “progresistas” eran el agente de transformación de la democracia en un sistema de todo el pueblo. En el Estado de “Seguridad Nacional”, en cambio, el sujeto de la soberanía se transfiere a las fuerzas armadas y sus élites tecnocráticas. Es “el pueblo” el que como resto discursivo debe ser legitimado por el Estado, no a la inversa. La justificación de las nuevas relaciones se dará por el éxito en la destrucción de “la subversión” y por el crecimiento económico.

Puestas estas precondiciones, podemos pasar al análisis de las alternativas planteadas en los años 60 y 70. Para ello trataré primero de caracterizar esquemáticamente las imágenes y proyectos de Nación propuestos por los nacionalismos populares, así como las limitaciones de los mismos. Inmediatamente describiré la percepción norteamericana de su lugar en el mundo en los años 50, el efecto provocado por la Revolución Cubana a partir de 1959, la crisis de los nacionalismos populares y el desarrollo de los antimperialismos revolucionarios desde el interior de los mismos, para finalmente juzgar qué posibilidades de desarrollo tenían y proponer la discusión sobre la herencia que podemos tomar y la que debemos dejar. Para la descripción histórica recurriré a caracterizaciones ya publicadas y que, por eso mismo, puedan resultar conocidas¹⁰. Por la parcial repetición pido disculpas.

Los nacionalismos populares¹¹

La crisis de 1930 y el posterior surgimiento de los regímenes nacionalistas implicaron un giro de la política latinoamericana equivalente al pasaje de la política continental norteamericana del „Gran Garrote“ a la „Buena Vecindad“.

La política de la „Buena Vecindad“ reemplazó las intervenciones directas por las indirectas. Durante los años 30 y 40 la diplomacia norteamericana combinó el retiro de sus tropas de ocupación del Caribe¹² con la firma de acuerdos bilaterales de cooperación económica y militar con los distintos países latinoamericanos¹³. De este modo formaron una red de seguridad en todo el continente, reemplazaron al Imperio Británico que perdió sus últimas bases, cercaron a Argentina¹⁴ y crearon una imagen de unidad hemisférica

¹⁰ Véanse las ya mencionadas publicaciones mías sobre “Las visiones entre las Américas”.

¹¹ La argumentación siguiente retoma mi mencionada exposición en la Universidad de Buenos Aires (Vior⁴2002).

¹² Las últimas fuerzas de ocupación abandonaron Haití en 1933.

¹³ Empezando por el convenio de cooperación militar firmado con Uruguay en 1941.

¹⁴ Tradicionalmente en la esfera de influencia británica hasta la nacionalización de los ferrocarriles en 1947, Argentina se había declarado neutral durante la Segunda Guerra Mundial contra las presiones de Washington que pretendía alinearla en el campo de los Aliados. El golpe militar nacionalista del 4 de junio de 1943 agudizó el enfrentamiento que llegó a la confrontación total en la campaña electoral de 1946 que culminó con el triunfo de la coalición nacionalista y laborista acaudillada por Juan D.

anticomunista útil a su necesidad de disciplinamiento de la propia opinión pública después de la vuelta de los veteranos de la Segunda Guerra que reclamaban los “frutos sociales” de la victoria sobre el nacionalsocialismo. La visión panamericanista de Roosevelt vinculó duraderamente la defensa del continente con la promoción de los propios intereses económicos y el apoyo a regímenes conservadores. “Seguridad”, “panamericanismo” y “bienestar” se habían convertido en un tríptico en adelante inseparable (König 1990:438-46).

Para diferenciarse y preservar las propias estrategias de desarrollo los nacionalismos populares de la posguerra acentuaron en consecuencia su antimperialismo. También el desarrollismo tomó por momentos banderas antimperialistas (König 1990:453-55). Así después de 1945 y del comienzo de la Guerra Fría, los Estados Unidos fueron percibiendo la realidad continental como cada vez más conflictiva, pero no necesariamente amenazante.

No podemos tratar en este contexto las complicadas relaciones entre el nacionalismo popular y el desarrollismo entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y los años 70. En general defino al desarrollismo como la estrategia de alianzas de élites conservadoras con grupos tecnocráticos para impulsar el crecimiento industrial sin modificar las relaciones de propiedad en el campo, el control de la mayoría de los aparatos estatales por los conservadores ni la mentalidad parasitaria. Estas alianzas desarrollistas muchas veces se entremezclaron con los nacionalismos populares (por ej. en Brasil), los remplazaron mediante golpes de estado larvados (como en México¹⁵) o intentaron utilizarlos (como en Argentina). Parte de esta confusión fue que los desarrollismos muchas veces adoptaran discursos políticos pseudonacionalistas o supuestamente antimperialistas. La diferencia fundamental fue siempre el grado de protagonismo que los sectores populares tenían en el proceso de movilización¹⁶.

Pero el conflicto entre nacionalismo popular y desarrollismo no debe entenderse como una simple sumatoria de conflictos parciales en cada uno de los países analizados, sino que corresponde al lanzamiento de un discurso desarrollista desde la conducción norteamericana. En relación con el anuncio y la proclamación del Plan Marshall para la reconstrucción de las economías de Europa Occidental afectadas por la Segunda Guerra Mundial en julio de 1947, el presidente Harry Truman comenzó a difundir un mensaje que se profundizó en los años siguientes asociando “desarrollo” y “libertad” como dos factores

Perón en las elecciones del 24-2-46. Las relaciones entre ambos países sólo comenzaron a normalizarse después que los Estados Unidos dejaron a Argentina fuera del Plan Marshall en agosto de 1947 provocando el colapso de su comercio exterior. Para evitar el aislamiento total del país Perón accedió entonces a firmar el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) y a participar en 1948 en la fundación de la Organización de Estados Americanos (OEA). Argentina medió en 1949 en las Naciones Unidas para acabar pacíficamente el bloqueo de Berlín y se mantuvo neutral en la Guerra de Corea (1949-53). Finalmente condenó en 1954 la intervención norteamericana en Guatemala que derrocó al gobierno de Jacobo Arbenz. Sólo después de derrocado Perón por un golpe militar en setiembre de 1955 Argentina ingresó al Fondo Monetario Internacional (FMI) al año siguiente.

¹⁵ Agradezco al respecto la referencia de la colega Tatiana Coll durante la discusión de mi exposición en Santiago de Chile en julio de 2003.

¹⁶ Para las coaliciones y conflictos entre desarrollismo y nacionalismo popular en Brasil entre 1956 y 1964 véase Vior (1991: Cap. 6).

que se condicionaban mutuamente¹⁷. Por un lado el desarrollo económico, entendido por un proceso de modernización y difusión técnica que llevaría a los países a alcanzar el estadio y tipo de sociedad norteamericanos, al ampliar la base de las clases medias crearía las condiciones para la estabilización de la democracia liberal. Por el otro, la “libertad”, concebida como difusión “enérgica” de los valores liberales norteamericanos, aseguraría el desarrollo mediante la instauración de gobiernos fuertes en condiciones de defenderse contra amenazas internas y externas y de asegurar la “estabilidad” necesaria para el desarrollo económico. O sea que el Plan Marshall y la fundación de la OTAN en 1949 son parte de un mismo esquema de dominación que se extendió al continente por el par “desarrollo y seguridad” que ha primado en distintas combinaciones hasta la actualidad.

Sin embargo, la razón profunda de esa estrategia internacional debe buscarse en las condiciones internas de desarrollo de los Estados Unidos. Harry Truman reconvirtió la economía de guerra norteamericana y desmovilizó a las tropas intentando al mismo tiempo profundizar las reformas sociales del ‘New Deal’ y resistir a la ofensiva de los republicanos que querían disminuir la influencia de los sindicatos y desmontar la élite reformista demócrata acusándola de ‘comunista’ (Tindall / Shy 1984: 811-16). Sin mensaje propio, el Presidente se plegó a partir de 1947 al discurso maccartista predominante para salvar las reformas y garantizar la unidad nacional. Dado que la conducción sindical acompañó este giro, los proyectos reformistas formulados en los años 30 como parte de discursos de izquierda se sometieron al fortalecimiento de la alianza anticomunista con el ‘complejo militar-industrial’. Así, el desarrollo del Estado de Bienestar coincidió en los Estados Unidos con la hegemonía de una ideología reaccionaria.

El reverso de esa política fueron el recrudecimiento del racismo y la renovada relegación de las mujeres al ámbito doméstico después de su participación en el esfuerzo de guerra. Nuevamente puede constatarse en la construcción de la identidad norteamericana una correlación directa entre exaltación nacionalista, mayor control de la población mayoritaria y segregación interna.

Para los nacionalismos y desarrollismos latinoamericanos, en tanto, la bipolaridad de la posguerra ofrecía la oportunidad de ganar espacios de maniobra y negociar con Washington sin tener que enfrentarlo. La necesidad de salir de la crisis llevó a los principales países latinoamericanos a orientar el desarrollo económico hacia el fortalecimiento del mercado interno, integrándose territorial y, en algunos casos, también socialmente. En las relaciones continentales impulsaron la solidaridad latinoamericana y, a partir de 1947, una actitud pragmática hacia Washington.

Gracias a los nacionalismos populares se formó una identidad común latinoamericana basada en reapreciaciones compartidas de la historia, el territorio, la lengua, la estética y las costumbres. El surgimiento de un mercado latinoamericano para el consumo de cultura popular fue el signo distintivo de esta visión de sí mismos. Se trataba de un lugar común intermedio en el que todos se reconocían aunque con percepciones diferentes.

¹⁷ Tomo esta referencia al discurso político de H. Truman de la argumentación de Arturo Ardao en su polémica con Carlos Real de Azúa en 1966 (v. Vior 2003: 89-96).

El espacio de maniobra internacional de los regímenes nacionalistas estaba en estrecha correlación con el grado de integración social interna. Países con una gran masa campesina sobre la que descargar los costos de la industrialización y la política social (como México y Brasil) podían permitirse compromisos tácticos más atrevidos con Washington que aquéllos, como Argentina, en los que la integración de todos los sectores populares al movimiento nacionalista había estrechado al mínimo el espacio interno de maniobra.

Al agudizarse la Guerra Fría la política norteamericana de emblocamiento comenzó a desequilibrar seriamente tanto a los procesos reformistas del continente como a sus sombras desarrollistas. Mediante el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) de 1947 y la formación de la OEA en Bogotá en abril de 1948 los EE.UU. institucionalizaron la combinación de panamericanismo e intervenciones militares aún hoy constituyente del sistema hemisférico (König 1990: 454-55). El efecto más sangriento de la misma fue la intervención en Guatemala en 1954.

“Seguridad Nacional” y radicalización revolucionaria

Los nacionalismos populares alcanzaron los límites de sus reformas ya en los años 50. En Brasil y México se continuaron luego las estrategias desarrollistas bajo distintos signos discursivos hasta 1981 y 1982 respectivamente. La limitación de su desarrollo se correspondió con la reducción de su influencia internacional por la agudización de la Guerra Fría en el mismo período. Los compromisos con los grupos conservadores los debilitaron internamente e indujeron en varios casos radicalizaciones discursivas que la conducción norteamericana percibió como antesalas de golpes de estado comunistas. Esta polarización provocó el tránsito a la tercera fase de las visiones interamericanas: la de la “seguridad nacional” y el antimperialismo revolucionario.

Por el estancamiento del crecimiento económico en un nivel de modernización relativa que había despertado numerosas expectativas y la crisis de los nacionalismos populares (König 1990: 457-59), la Revolución Cubana y la agudización de la Guerra Fría entre 1959 y 1961 las surgentes contraélites intelectuales y populares latinoamericanas comenzaron hacia 1960 a ver a los Estados Unidos y sus aliados internos como a enemigos¹⁸.

Estos, a su vez, percibieron a la Revolución Cubana como una amenaza soviética a su seguridad, la que debían combatir militarmente. Sucesivas conferencias interamericanas debieron legitimar esta política (König 1990: 462-65).

Para la misma se movilizó en el plano interno el consenso anticomunista unificador resultado del período maccartista (1947-53). Entonces se constituyó un bloque anticomunista que hegemoniza la sociedad norteamericana hasta nuestros días: los sindicatos y muchos sectores reformistas del Partido Demócrata se incorporaron al mismo y avalaron sus políticas exteriores, de seguridad y de defensa así como su discurso paranoide

¹⁸ Aquí sólo puede mencionarse la relación multidireccional existente entre la urbanización, la extensión de la asistencia sanitaria y de la educación, la ampliación del mercado de consumo, las dificultades del crecimiento económico y la radicalización de la juventud de clase media (Werz 1992: 112-16).

para asegurarse la participación en la expansión de la sociedad de consumo. Para mantener el equilibrio internacional sin perder apoyo interno los conservadores respetaron de mala gana ese pacto hasta fines de los años 70. Sin embargo la velocidad de los cambios sociales producidos después de 1945 y sus consecuencias (la masificación y crisis de los valores heredados, la polarización en torno al movimiento por los derechos civiles, así como la protesta juvenil) hicieron que hacia 1960 se hubiera difundido un malestar cargado de violencia potencial (Tindall / Shi 1984: 838-56 y 871-76).

Cuando triunfó la Revolución Cubana en enero de 1959 esta necesidad de descargar la latente violencia interna por un lado y la frustración acumulada en la isla durante casi un siglo por el otro polarizaron la confrontación con un absolutismo ideológico que en otras circunstancias hubiera sido relativizable. La negación mutua total modificó la dicotomía continental: la radicalización revolucionaria y la Doctrina de Seguridad Nacional remplazaron a la combinación de negociación y conflicto del período anterior por un clima de guerra.

Entre la segunda y la tercera etapa en la historia de las visiones interamericanas en el siglo pasado no hay rupturas estructurales significativas, sino un cambio radical en las percepciones recíprocas. Bajo esta modificación en las visiones mutuas entre las Américas el antimperialismo revolucionario apareció en América Latina como una alternativa para concentrar poder en torno a nuevas élites contra el agente externo que se percibía como enemigo.

Según esta visión, la historia continental estaba llegando a su meta: tras un largo pasado de dominaciones coloniales llegaba la hora de la Liberación y de la madurez de América Latina¹⁹. Al mismo tiempo los movimientos de protesta en Europa Occidental y los Estados Unidos hacia 1968, junto con el crecimiento del movimiento revolucionario en Vietnam y otras partes del mundo, difundieron en África, Asia y América Latina la sensación de que mediante una vasta alianza internacional era posible vencer a la república norteamericana en crisis. El imaginario nacionalista postcolonial reproducía su visión del colonialismo como un hecho externo que se habría afirmado solamente por la violencia y proyectaba en su visión del Otro dominante la de sí mismo: si la unidad del Estado alcanzada por las armas y la movilización de las masas son los instrumentos fundamentales para la consolidación de la identidad nacional, quien no dispone de ellos es débil. Por su carácter proyectivo esta visión obviaba considerar las circunstancias histórico-culturales específicas de cada país así como cuestionar el rol de las élites urbanas de clase media autopercebidas como revolucionarias. Tampoco tenía en cuenta las mentalidades de los sectores populares que pretendía movilizar.²⁰

¹⁹ Por su visión de la historia, pero también por su difusión, sigo considerando paradigmática de esta perspectiva la obra de Eduardo Galeano *Las venas abiertas de América Latina*, editada por primera vez en 1972 y difundida después en numerosas lenguas.

²⁰ Aunque las élites revolucionarias de entonces habían leído las obras de Frantz Fanon *Los condenados de la tierra* y *Piel negra, máscaras blancas*, obviaron sacar las conclusiones implícitas: el colonialismo y la dominación externas no son sólo resultados de la agresión externa, sino que están fundados en un imaginario de las elites de los países sometidos propenso a identificarse con la "civilización" europea y norteamericana. Este imaginario, al impregnar los mecanismos culturales, creó opiniones y actitudes de sumisión y descentramiento que han configurado las mentalidades de todos los países antes sometidos y condicionan fuertemente el accionar de las nuevas élites,

Mucho más grave fue que desconocieron una diferencia determinante de la fuerza de los Estados Unidos: *la idea religiosa de su misión en el mundo que cohesiona su comunidad simbólica y les da la fuerza que moviliza recursos materiales de todo tipo*. Si bien dentro de los Estados Unidos los grupos más radicales de esos años se alzaban contra el sistema, la mayoría de los opositores a la guerra de Vietnam y los propagadores de las nuevas contraculturas protestaban contra lo que percibían como el abandono del “mensaje fundacional” de los Estados Unidos. Como demuestran muchas biografías de intelectuales que derivaron de la izquierda de entonces a la derecha de los años 90, el fundacionalismo es un mito polisémico y resignificable según las circunstancias. Apenas un discurso político-cultural en los Estados Unidos cae en el fundacionalismo (el justificarse por los “Padres peregrinos” o la Constitución de 1789), queda abierto el camino para derivaciones de todo tipo entre la izquierda y (mucho más) la derecha del espacio político. Al refundacionalismo y el miedo a la potencial agresión externa se sumó en 1973 la derrota en Vietnam y la sensación de amenaza provocada por la primera crisis del petróleo.

La diferenciación externa promovida por el nacionalismo y el antimperialismo revolucionarios latinoamericanos se combinó con rupturas internas significativas. La masacre cometida por el ejército mexicano contra un acto de masas en Tlatelolco el 3 de octubre de 1968 y la ruptura pública de Montoneros con Perón durante la manifestación del 1° de mayo de 1974 acarrearón en ambos casos el aislamiento del antimperialismo revolucionario.

La contraofensiva reaccionaria puesta en marcha en Brasil en 1969, luego extendida y profundizada por la “Operación Cóndor” (Mariano 1998) a todo el Cono Sur con los golpes de estado en Uruguay (1973), Chile (1973) y Argentina (1976), se dirigía al aniquilamiento físico de las contraélites y la creación de un clima de terror que disuadiera de toda protesta para reducir la participación de los sectores populares, expropiar sus bienes y apropiarse de los aparatos estatales para saquearlos. Las dictaduras terroristas combinaron en sus proyectos el reaccionarismo colonial y preconciliar con el neoliberalismo de élites conservadoras asociadas mayormente a grandes corporaciones, fundamentalmente norteamericanas.

El antimperialismo revolucionario nunca formuló proyectos nacionales alternativos²¹. Estrujado entre los dos grandes bloques mundiales perdió rápidamente su autonomía, mientras que su elitismo le hacía desconfiar de los propios sectores populares en cuyo nombre pretendía actuar y la bárbara represión sufrida por sus activistas y los pueblos no le dio tiempo para madurar.

Su visión de la unidad continental puede considerarse como cesarista, porque de la acción militar liberadora esperaban la creación de conciencia revolucionaria y su propia legitimación como élite dirigente. Su mitificación de la ética revolucionaria y del ambicionado „hombre nuevo“ lo remiten a tradiciones latinoamericanas de la

especialmente el de los intelectuales. Así éstos reproducen muchas veces actitudes protocolonialistas aun cuando lo hagan con discursos revolucionarios. Es el lugar del pueblo en sus discursos el que decide sobre el carácter de los mismos, no los fines proclamados.

²¹ Aún después de veinte años, para una crítica diferenciada del antimperialismo revolucionario de los años 70 sigue siendo recomendable un artículo publicado por Leopoldo Mármora (1981). Para la fundamentación teórica véase su libro (id., 1983).

Independencia y las guerras civiles del siglo XIX, pero también del espíritu misionero desde el siglo XVI.

Los EE.UU. entraron en la guerra de Vietnam empujados por el internacionalismo liberal de John F. Kennedy. Una vez adentro, sólo pudieron salir en 1973 después de haber sido derrotados (Campbell / Kean 1997: 248-67; Smith 1995: 206-08). La política de sus sucesores fue forzosamente “realista”, porque intentaba disminuir las pérdidas. Pero al hacerlo sostuvo la totalitaria Doctrina de la Seguridad Nacional y la ofensiva reaccionaria en América Latina (Smith 1995: 208-09). Jimmy Carter intentó contrarrestar esa influencia con una política global de derechos humanos, pero su falta de visiones, la agudización de la Guerra Fría, las crisis del petróleo de 1973 y 1979 y el aumento de influencia paralelos del fundamentalismo religioso y el neoliberalismo económico posibilitaron la victoria de Ronald Reagan en las elecciones de 1980.

El antimperialismo revolucionario no podía tener éxito en la situación histórica de los años 60 y 70, porque carecía de sujeto autocentrado, sus sistemas de valores y normas así como su simbología eran dependientes del imaginario nacionalista popular y sus voluntades de poder tenían un fondo mesiánico. Al afirmarse en su negación radical de los Estados Unidos se quitaron la posibilidad de formular proyectos continentales abarcadores, o sea, un nuevo universalismo desde América Latina. Sin embargo, representaron la continuidad de una línea de construcción identitaria que se remite al período colonial, integraron y representaron simbólicamente numerosas y variadas tradiciones de lucha y desde su derrota se abrió en el continente un vacío de significación que nadie pudo llenar desde entonces.

Recuperar esas experiencias para la construcción de identidad latinoamericana como un universalismo de base regional, orientado hacia la realización de la democracia, la justicia y la libertad requiere rescatar de los intentos de aquella época aquellos momentos, entonces quizás no tan relevantes, que apuntaban a la construcción de alternativas sociales desde la base, en torno a valores comunitarios, orientados a la profundización y no la ruptura de la tradición nacionalista popular y con carácter de movimientos sociales alternativos a los aparatos verticalistas que caracterizan los modos de organización de los movimientos populares en nuestro continente.

De este modo puede tenderse un puente de la memoria que, por creador –como toda memoria-, permita a las luchas del presente reencontrar su enraizamiento histórico.

Bibliografía

- Anderson, Benedict 1991 [1983] – *Imagined Communities*, London / New York: Verso.
- Aparicio, Frances 1995 – “Latino and Latina cultures”, en: Wightman Fox, Richard & Kloppenberg, James T. (eds.), *A companion to American thought*, Oxford (UK) / Cambridge (USA): Blackwell, pp. 383-86.
- Bonilla, Alcira B. 1992 – “La Scoperta dell'America. Trà la realtà e l'utopia di un ‘nuovo mondo’”, en: *Publicazione Atti Conferenza '5 Secoli dopo la Scoperta dell'America*, Civitanova (Marche).
- Bonilla, Alcira B. 1993 – “El pensamiento latinoamericano y las celebraciones del V° Centenario”, en: *Heteroglossia*, N° 5, pp. 13-28.

- Bonilla, Alcira B. 2003 – “Filosofía y utopía en América Latina / Philosophy and Utopia in Latin America”, en Marcelo R. Lobosco (comp.), *La resignificación de la ética, la ciudadanía y los derechos humanos en el siglo XXI*, Buenos Aires: EUDEBA, pp. 177-190 / 409-422.
- Campbell, Neil /Kean, Alasdair 1997 - *American Cultural Studies*, London: Routledge.
- Dijk, Teun A. van 1998 – *Ideology*, London / Thousand Oaks / New Delhi: Sage Publications.
- Koenig, Hans-Joachim 1992 – „El intervencionismo norteamericano en Iberoamérica“, en: Lucena Salmoral, Manuel (ed.), *Historia de Iberoamérica*, Vol. III, Ed. Cátedra, Madrid, pp. 405-478.
- Lammersdorf, Raimund 1994 - *Anfänge einer Weltmacht [Comienzos de una potencia mundial]*, Berlin: Akademie-Verlag.
- Lenk, Kurt (Hg.) 1984 - *Ideologie - Ideologiekritik und Wissenssoziologie*, Frankfurt d.M.
- Mariano, Nilson Cezar 1998: *Operación Cóndor*, Buenos Aires: Lohlé-Lumen,.
- Mármora, Leopoldo 1981: “Populisten und Sozialisten: Getrennte Geschichte - gemeinsame Ziele? Zur Diskussion über Nation und Demokratie in Argentinien”, en: Bennholdt-Thomsen, V. y otros (eds.), *Lateinamerika. Analysen und Berichte* 5, Berlín, pp. 65-106.
- Mármora, Leopoldo 1984: *Por un concepto socialista de Nación*, México D.F.: Siglo XXI Eds.,
- Martins, António 1981 – „L’Etat <national-pulaire> et son double: un parcours théorique“, en: Université Libre de Bruxelles, *Revue de l’Institut de Sociologie*, Nr. 1-2, pp. 205-230.
- Ricoeur, Paul 1997 [1986] – *L’Idéologie et l’Utopie*, Paris: Seuil.
- Smith, Tony 1994 - *America’s mission*, Princeton: Princeton University Press.
- Tindall, George Brown & Shi, David E. 1984 - *America – A narrative History*, New York / London: W.W. Norton & Co.
- Vior, Eduardo J. 1985 - “Nación y Nacionalismo en América Latina” (en alemán), en: *Concordia*, Nro. 8, Aquisgrán (Aachen), Alemania.
- Vior, Eduardo J. 1991 – *Bilder und Projekte der Nation in Brasilien und Argentinien [Imágenes y proyectos de Nación en Brasil y Argentina]*, microfilmado, tesis de doctorado (se encuentra en todas las bibliotecas universitarias del país), Universidad Justus Liebig de Giessen, Alemania.
- Vior, Eduardo J. 2000 - “Visiones de ‘Nuestra América’, visiones de la ‘Otra América’ y las nuevas fronteras”, en: *Cuadernos Latinoamericanos*, año 12, julio 2000, nueva época, pp. 22-53, Maracaibo, Venezuela.
- Vior, Eduardo J. ¹2001 - ”Visiones de Calibán – Visiones de América”, en: *El Hermes Criollo*, año 1, número 1, octubre, pp. 5-25, Montevideo, Uruguay.

- Vior, Eduardo J. ²2001 - “Las visiones de ‘Nuestra América’, las visiones de la ‘Otra América’ y las nuevas fronteras”, en: Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos de la Universidad de Varsovia – Raúl Fonet Betancourt y Janusz Wojcieszak (coord.), *Itinerarios*, vol. 4 (Actas del Simposio sobre Filosofía intercultural en el 50° Congreso Internacional de Americanistas, Varsovia, 10 al 14 de julio de 2000), Varsovia, Polonia, pp. 161-186.
- Vior, Eduardo J. ¹2002 - “Identidades culturales y poder entre las Américas”, en: *Sí somos americanos*, vol. III, año 2, Iquique, Chile, junio, pp. 79-119.
- Vior, Eduardo J. ²2002 - “Las nuevas fronteras entre las Américas”, en: Klaus Bodemer, Wolf Grabendorff, Winfried Jung y Josef Thesing (eds.), *El triángulo atlántico: América Latina, Europa y los Estados Unidos en el sistema internacional cambiante*, Fundación Konrad Adenauer: Sankt Augustin, Alemania, pp. 247-270.
- Vior, Eduardo J. ³2002 - “Visions of the Americas and Policies of Translation”, en: Stefan Herbrechter (ed.), *Cultural Studies, Interdisciplinarity and Translation*, Rodopi: Amsterdam / New York.
- Vior, Eduardo J. ⁴2002 - *Identidad cultural y poder entre las Américas*, conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires el 8 de agosto.
- Vior, Eduardo J. 2003 - “‘Perder los amigos, pero no la conducta’: Tercerismo, nacionalismo y antimperialismo. Marcha entre la revolución y la contrarrevolución (1958-74)”, en: Horacio Machín / Mabel Moraña (eds.), *Marcha y América Latina*, Pittsburgh, PA, pp. 79-122.
- Werz, Nikolaus 1992 - *Das neuere politische und sozialwissenschaftliche Denken in Lateinamerika [El más reciente pensamiento en política y ciencias sociales en América Latina]*, Friburgo en Bregovia: Instituto Arnold Bergstraesser.

Otra literatura utilizada

- Anderle, Adam 1992: “El Populismo (1929-48)”, en: Lucena Salmoral, Manuel (ed.), *Historia de Iberoamérica*, Tomo III, Madrid: Ed. Cátedra/V° Centenario,.
- Carmagnani, Marcelo, 1992: “El Nacionalismo”, en: Lucena Salmoral, Manuel (ed.), *Historia de Iberoamérica*, Tomo III, Madrid: Ed. Cátedra,.
- Collier, David (ed.) 1979: *The new authoritarianism in Latin America*, Princeton (NJ).
- Chiaramonte, Juan Carlos 1982: “Coyunturas de ruptura y crisis de sistema”, en: *Revista Mexicana de Sociología*, año XXXIX, Nro. 152, Octubre, México D.F.
- Walzer, Michael 1997 [1990]: “What does it mean to be an ‘American’?”, en: Hollinger, David A./Capper, Charles (eds.), *The American intellectual tradition, Vol. II: 1865 to the present*, 3a. edición, New York/Oxford (UK): Oxford University Press, , pp. 437-49.
- Zea, Leopoldo 1976: *El pensamiento latinoamericano*, Barcelona.